

Todo pasa, y... ¿qué queda? (II)

Pablo Glavina (Maestro Internacional de ajedrez)

Supongamos que estamos en el instituto o en la universidad como alumnos y nuestro profesor de estadística y probabilidades nos pone la siguiente tarea para mañana: *“Alumnos, para mañana debéis traer en una hoja el resultado de tirar doscientas veces una moneda, es decir si sale cara apuntáis cara, si sale cruz, apuntáis cruz”*. Claro, a nosotros que somos inteligentes nos parece que:

- a) Esa última acotación estuvo de más
- b) El profesor debe haber olvidado tomar sus medicinas, ya que ¡para qué demonios sirve este deber!
- c) Las tiradas las va a hacer la abuela del profesor, que tendrá mucho tiempo libre. Nosotros escribiremos una distribución al azar y usaremos el tiempo restante en jugar ese torneo de Holdem de treinta dólares de inscripción de las ocho de la tarde.

Al día siguiente entregamos orgullosos nuestra hoja, junto a los otros cuarenta alumnos de la clase. El profesor las examina durante unos minutos, coge su temible bolígrafo rojo y luego nos la devuelve con una gran palabra escrita: REHACER. Nos miramos sorprendidos junto a otros treinta y dos alumnos que recibieron la misma respuesta, acertada en todos los casos. El empollón que se sienta delante y que odiamos en silencio se da vuelta y nos dice: *“¡No tienes ni idea de lo qué es el azar!”*.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha podido el profesor detectar quien había hecho el experimento y quien no?

Lo cierto es que, mal que nos pese, el empollón tenía razón. Como la mayoría de la gente, no nos detenemos a estudiar cómo funciona el azar. Por ejemplo, en este último caso, la posibilidad de que en las doscientas tiradas salgan seis veces consecutivas cara o seis veces consecutivas cruz es cercana al 100%. Eso quiere decir que quien entregue una hoja donde no aparezca esa serie es con casi total certeza un impostor. Como nosotros no hemos hecho ningún cálculo antes de intentar engañar al profesor escribimos los resultados con una distribución que según nuestra intuición era azarosa. Sin embargo el azar se comporta de forma anti-intuitiva.

Es por eso, porque no entendemos el azar, que no comprendemos los “bad beats”. Esa terrible situación del póquer donde nosotros vamos con un par de ases, un demente nos paga con el cinco y el seis de piques y nos gana la mano. Es tanto el dolor que nos produce, que en las World Series of Poker existe gente que te cobra cinco dólares por escuchar tu historia de “bad beat” y luego consolarte. Hay personas que incluso han enviado correos electrónicos a alguno de los clubes de póquer “on-line” con la siguiente protesta: *“En las últimas diez manos me ha tocado un dos”* o cosas por el estilo. Hay dos razones para explicar este fenómeno, la primera es de índole psicológico, cuando nosotros ganamos una mano

donde vamos tres a uno a favor no nos sorprende, en cambio cuando la perdemos queda en nuestra retina por un largo rato. No llevamos la cuenta para ver si se cumplen las probabilidades.

La segunda razón es de orden matemático. Al día se juegan millones de manos de póquer en el mundo de Internet, por lo tanto, TODO va a suceder. Como decía Asimov en uno de sus artículos: *“Con la cantidad de sucesos que ocurren en el mundo a diario, la casualidad sería que no existieran casualidades”*.

Hay mil argumentos para contrarrestar el de que los clubes de póquer favorecen a los que juegan mal. Uno sencillo: nunca nos sorprendemos cuando nos toca el reintegro en la primitiva, lo vemos como algo normal. Bueno, que nos ganen 65 vs AA es ¡el doble de probable!

Algunas viejas historias

Todos conocemos el peor “bad beat” posible. Por ejemplo tenemos QQ, en la mesa hay QQ3 y vamos “allin” contra otro que lleva KK. La única posibilidad de perder es que salgan los dos reyes restantes.

Esa posibilidad es muy fácil de calcular, quedan cuarenta y cinco cartas en el mazo y dos cartas por salir. En el turn la posibilidad de que salga un Rey es de dos en cuarenta y cinco, mientras que en el river la posibilidad de que salga el rey restante es de una en cuarenta y cuatro. Si multiplicamos estos dos sucesos nos da la probabilidad final que es una en novecientos noventa. Redondeando: una en mil.

¿Puede existir peor historia de bad beat que esta? Es evidente que desde un punto de vista estrictamente matemático no, pero sí, desde el punto de vista humano. Son cientos las historias que circulan por Internet. Gente muerta, cartas que se colocan otra vez en el mazo y vuelven a salir, etc, etc. Hay dos historias que escuché o leí hace años y que aún hoy me parecen las mejores y son las siguientes:

La primera transcurre durante un torneo en vivo, satélite al evento principal de las World Series of Poker. Quedan seis jugadores y cinco son los que clasifican. Recordemos que la inscripción al evento principal es de diez mil dólares. Uno lleva muchísimas más fichas que el resto y los otros cinco van parejos. Ninguno de estos quiere perder por lo que están haciendo fold todo el rato. La situación tiene pinta de demorarse bastante, todas las manos son iguales: el rico sube preflop y el resto fold, y las ciegas todavía están pequeñas. Por lo tanto, uno de los cinco de stack menor sugiere: “¿Y si cada uno de nosotros pone dos mil dólares para pagarle al que tiene muchas fichas la plaza, y así nosotros cinco clasificamos por el módico precio de dos mil en vez de diez mil?”

Los otros cinco jugadores están de acuerdo. Se llama al director del torneo, se le explica la situación el director está de acuerdo, pero primero hay que finalizar la mano en curso que ya

fue repartida. Lo normal es que todos las tiren y se llegue al arreglo. Sin embargo pasa lo que no tiene que pasar. Al protagonista de la historia le es dada una pareja de Ases, y en vez de tirarla decide ir allin. El rico tiene una pareja de Reyes, paga y gana la mano. ¿Los demás? Agradecidos.

La segunda es todavía más dolorosa. También es en una mesa en vivo. Se juega al póquer cerrado (el five cards draw) de toda la vida. Para abrir antes del descarte hay que tener como mínimo un par de jotas. Si nadie abre entonces se juega a quien lleva las cartas más bajas (A2345, A2346, A2356, etc). Luego de las apuestas hay un descarte y luego otra ronda de apuestas. Si alguien abre en la primera ocasión debe luego al finalizar la mano mostrar su apertura para ver que no ha engañado. Como en varias salas de casino, hay un premio acumulado (jackpot). Este se da si alguien pierde o bien con full de ases para arriba, o bien con A2346 si se juega por lo bajo. El jackpot que estaba en más de doscientos mil dólares se repartía de la siguiente forma: el cincuenta por ciento para el perdedor de la mano, el veinticinco por ciento para el ganador, y el otro veinticinco por ciento se reparte entre toda la mesa. Nuestro protagonista es el último en hablar mira sus cartas y ve A2346 servido. ¡Genial!, dice. Si alguien abre las tiro ya que no llevo nada, pero si nadie lo hace tengo el mejor juego por lo bajo, ya que sólo pierdo contra A2345, peor en ese caso me llevo la parte gorda del jackpot.

Uno a uno van pasando, hasta que le llega el turno al penúltimo en hablar que apuesta. Mala suerte, dice nuestro narrador al mismo tiempo que tira sus cartas. Todos hacen lo mismo, con lo que el que abrió debe mostrar su apertura: *“Nadie paga cuando llevo escalera servida”*, protesta mientras da vuelta, ¿adivinó el lector?, sí: ¡A2345!

Mano inolvidable

¿A qué viene todo esto se preguntará el lector? Estábamos hablando en el artículo anterior de lo que nos queda al paso de los años y que, en general, uno recuerda más las situaciones negativas que las positivas. Así como mi recuerdo en el ajedrez fue una partida que no gané teniendo ventaja decisiva. En el póquer fue la última mano de un torneo:

En Diciembre de 2007 disputé un clasificatorio de seiscientos cincuenta dólares de inscripción para un torneo en vivo en Bahamas. Clasificaban diez jugadores, y del once al dieciocho recuperaban la inscripción. Quedábamos once jugadores vivos distribuidos en dos mesas:

Ciegas: (2000/4000) Ante: 400

Mesa 1:

Ciega pequeña	Profe abusón	\$324429	??
Ciega grande	Pablo Glavina	\$42051	A♠ J♥
1	Cómodo esperando	\$101234	
2	Esperando2	\$47872	
3	Rezando como yo	\$43861	

En la otra mesa había seis crápuas con unos \$80.000 de stack cada uno que llevaban haciendo fold todo el tiempo.

El abusón lleva subiendo preflop todas las manos desde hace unas treinta más o menos, pero no va allin, sino que sube lo que me queda a mi para si yo pago, el jugador a mi derecha pueda pagar también y confabularse para ganarme. Sube el 100% de las manos, en esta todos hicieron fold hasta él que me puso allin. Vale, yo pagué que es un poco demencial, el mostró 4-5 y me ganó al salir un 4 en el flop y yo no ligar ni el as ni la jota. Pero mi pregunta es la siguiente:

Ya que nada va a cambiar, todos van a hacer fold en las dos mesas esperando que el del asiento tres o yo perdamos, ¿cuando debo aceptar el allin? Todavía hoy no tengo una respuesta para ello. Cuanto más tarde, más va a ser probable que el del asiento uno pague también para hacer *collusion*. En fin, como las desgracias nunca vienen solas, la semana siguiente jugué otra vez el mismo clasificatorio y cuando quedaban veinte jugadores iba primero con diferencia (esta vez clasificaban cuatro) y perdí casi todo mi stack en un all-in KK vs AJ del rival. ¡Qué se le va a hacer!